

ARANTZA PORTABALES



ASESINATO
EN LA
CASA ROSA

Lumen

Libro I

PRHGE

PRHGE

«Y todos vivían juntitos en una casa torcida».
Así somos nosotros. No es que la casa sea pequeña, precisamente.

Agatha Christie, *La casa torcida*

PRHGE

Rosa

Loeiro, marzo de 2020

Le asaltó una náusea. Hacía una semana que se sentía indispueta, pero había decidido no darle importancia. Tal y como estaban las cosas, no quería preocupar a la familia con cuestiones de salud.

Se recostó en la butaca de la galería y observó, a través de los cristales, a los niños en el jardín. El pequeño Daniel, de seis años, corría tras su hermana. Rosa esbozó una sonrisa al advertir cuánto le recordaba el niño a su madre. Se vio a sí misma en ese jardín con Ada, Álvaro y Eduardo en distintas etapas de su vida. Había vivido lo suficiente como para saber que el pasado no fue necesariamente mejor, aunque su recuerdo sí que lo era. Era un refugio seguro e idealizado, pero incluso así la nostalgia resultaba inevitable. Casi agradecía esta situación que los había obligado a permanecer encerrados en sus casas, a pesar del miedo y la incertidumbre que asolaban el mundo. Le encantaba tenerlos a todos bajo el mismo techo, y eso no sucedía con frecuencia, tan solo venían unas cuantas semanas a lo largo del año. Y justo por esa razón no iba a importunarlos a todos por unas simples molestias estomacales.

Cogió una manta. No conseguía entrar en calor. Estaba a punto de llamar a Carmen, cuando recordó que no había venido a trabajar. Nadie trabajaba. El mundo se había parado diez días atrás.

Se dirigió a la cocina y se preparó otra infusión de jengibre y limón, la segunda de esa mañana.

Ya de vuelta, volvió a acomodarse en la butaca. Le gustaba sentarse allí para leer, escuchar música o simplemente observar el paisaje. Desde la galería tenía unas vistas privilegiadas. La playa, el río Loeiro que desembocaba en ella y daba nombre al pueblo, el monte vecino salpicado de casas y el mar en todo su esplendor cuando, en días de viento como aquel, chocaba contra las rocas y el muelle de la propiedad familiar. No se veía a nadie. Ningún coche circulaba. Le recordaba a esas postales que se vendían en los viejos tiempos.

Ada salió al jardín y llamó a los niños. Seguramente les estaría advirtiéndole de que pronto llovería. Su hija levantó la vista y sus miradas se encontraron. Ada alzó la mano y ella le devolvió el saludo. Rosa volvió a sentir la tranquilidad de tener a sus hijos y nietos consigo. Ahora, todos los problemas y enfados de los meses anteriores habían perdido su trascendencia. Los hijos no siempre actuaban como una quería, y rara vez se dejaban aconsejar, pero eso ya no tenía importancia. Estaban vivos y a salvo en la Casa Rosa.

Le invadió el calor de la infusión y sintió una modorra súbita. Cerró los ojos y parpadeó al instante, no deseaba dormir antes de la comida. Empezó a notar un hormigueo en los dedos y el corazón se le desbocó. Sentía el pulso acelerado. Intentó hablar y no pudo. Le faltaba el aire. Un latigazo le recorrió el brazo izquierdo y un peso se le instaló en el pecho. Abrió la boca, pero no fue capaz de emitir ningún sonido.

El único ruido que se oyó en la galería fue el estruendo de la taza de porcelana al estallar en mil pedazos contra el suelo; un suelo blanco y negro como un gran tablero de ajedrez.

Iria

Buen, mayo de 2024

Cómo le gusta el mar, pensó. Le gustaba, se corrigió. Le gusta, se volvió a corregir. La única realidad es que a Ángel antes le gustaba el mar y ahora ella no tenía ni idea de lo que sentía.

Lo observó: la mirada fija en el ventanal que daba a la playa, la cabeza ligeramente ladeada y las manos caídas a ambos lados de la silla de ruedas. Era una silla posicional, con agarraderas que lo mantenían erguido, creando la falsa impresión de que podía sostenerse por sí mismo.

Iria sacó un pañuelo de papel y le limpió un atisbo de saliva que comenzaba a resbalar por la barbilla. En breve llegaría el transporte adaptado que lo conduciría al centro de rehabilitación.

«Parece que está mejor», había sugerido su suegra ayer. Iria no se molestó en contestarle. Reservaba todas sus energías para buscar los mejores tratamientos, las mejores clínicas. Mientras se decidía por alguno de ellos, acordó enviarlo a un centro especializado en accidentes cerebrovasculares cercano a su casa, pero apenas habían conseguido ningún avance.

La mayor parte del tiempo lo miraba sin mirarlo, para no retener la imagen de la persona que era ahora. No reconocía su cabeza rapada ni la gran cicatriz que atravesaba el cráneo, la mirada

inexpresiva, el rictus caído y esa inmovilidad absoluta que resultaba desconcertante en Ángel. Quizá porque este no era Ángel. Ángel era otro, otra persona, y pronto volvería a ser el de antes.

Las clínicas especializadas eran caras y tenían lista de espera, pero no iba a conformarse con el pronóstico que les dio el cirujano. Llevaba meses estudiando terapias, tratamientos, resultados y estadísticas. Y sabía lo que quería: quería esa terapia multidisciplinar que solo ofrecían en una clínica alemana que estaba absolutamente fuera de su alcance. Quería a su marido en pie, hablando, riendo. Lo quería erguido frente a ese ventanal, diciendo que el mar hoy estaba demasiado calmado, que la bruma que entraba despacio por la ría enfriaría el agua o que esta primavera no llegaba jamás.

Iria echó una ojeada al móvil. En el icono del correo corporativo acechaban casi setecientos mensajes. Seiscientos noventa y dos para ser exactos. Desde que había solicitado la excedencia para cuidar de Ángel no se había permitido abrir el correo. Sabía que debía desinstalar la aplicación de su móvil personal, pero continuaba manteniendo ese vínculo con su trabajo y día a día veía el número de e-mails crecer sin pausa. En su otra vida, el mundo continuaba y esos mensajes le recordaban que nadie era imprescindible. También le recordaban que tenía un empleo aguardándola cuando todo pasase. «Cuando todo pasase», ese era su mantra. Todo pasaría. Todo pasa. Se lo tatuaría cuando así fuese. Mientras tanto, había cortado toda relación con la comisaría, con la única excepción del icono del correo corporativo en su teléfono y los escasos mensajes de algún compañero. Eran wasaps cortos e incómodos.

«Santaclara, ¿cómo va todo?».

«Igual».

La respuesta siempre era esa: igual. La realidad podía reducirse a una sola palabra. Por eso le molestaba tanto ese comentario

de su suegra, aludiendo a una mejoría inexistente, que sin duda le servía a ella de consuelo, pero que revivía en Iria esa furia que nació en el preciso instante en que había encontrado a Ángel tirado sobre el suelo del baño, hacía ya más de seis meses. Le molestaba esa conformidad. Su suegra se había rendido, pero ella no. Ella iba a conseguir el dinero. Vendería la casa. Aún estaba pendiente de pago más de la mitad de la hipoteca, así que para poder asumir el coste del tratamiento tendría que complementar el producto de la venta con un préstamo personal. En estos momentos estaba negociando con el director de la sucursal bancaria. No quería recurrir a sus padres, pero él insistía en pedirle un aval. En cuanto reuniese el dinero mandaría a Ángel a Alemania. Todavía no sabía cómo haría para que lo aceptasen como paciente, cómo diluiría esa lista de espera interminable. Pero ahora no podía pensar en eso; ya cruzaría ese puente cuando llegase a ese río.

Cogió la cazadora de Ángel y se la puso, con cuidado, como la niña que viste a un muñeco que le han regalado en su cumpleaños. No se acostumbraba a ese estado de pasividad. Empujó la silla hasta la puerta. En menos de dos minutos llegó el autobús del centro de rehabilitación. Saludó a Guille y hablaron del tiempo. Siempre hablaban del tiempo. Llueve mucho. No llueve. Hace un frío que pela. ¿Cuándo se ha visto este sol en invierno? Menos mal que ya estamos en primavera. Los días pasaban y el tiempo cambiaba. Lo demás, no. Iria se despidió sin esperar a que Guille anclase la silla en la parte de atrás del ómnibus.

Entró en casa y se cambió de ropa: mallas deportivas, una camiseta y una sudadera. Bajó a la playa y anduvo sobre la dura arena mojada que la bajamar habilitaba para caminar e incluso correr sin necesidad de ir descalza. El ejercicio físico la reactivaba y le ayudaba a mantener la cordura. Escuchaba la música que le gustaba a Ángel y que ella detestaba; él era de rock y ella de indie,

sin embargo, ahora necesitaba sentirse conectada a él. La música de System of a Down la aisló de la pesadilla en que se había convertido su vida.

«Al final has conseguido que me guste. Tenías razón, solo tenía que escucharlos». Hacía eso a menudo: hablar con Ángel e imaginar sus réplicas. Cerraba los ojos y lo imaginaba a su lado.

El teléfono móvil que llevaba en el bolsillo comenzó a sonar y trasladó su vibración al reloj de pulsera. El número era desconocido. Rechazó la llamada. Insistieron. Volvió a rechazarla. A la tercera apagó el móvil, aunque eso supuso que dejó de escuchar la música en los auriculares.

De vuelta a casa y tras ducharse, volvió a encenderlo. Seiscientos noventa y dos. El globo rojo seguía indicando el mismo número de mensajes en su correo corporativo. El teléfono le mostró también cinco llamadas perdidas, todas del mismo número: el de la playa. De súbito, le vino a la cabeza la idea de que algo malo podía haberle sucedido a Ángel. Un accidente de tráfico. Una repetición del ictus. Maldijo su inconsciencia y se apresuró a pulsar el botón de rellamada. Descolgaron casi al instante.

—¿Inspectora Iria Santaclara? —Era una voz de hombre y tenía un tono levemente autoritario.

Estuvo a punto de contestarle que no estaba en la comisaría, pero le asaltaron otras preguntas, como quién le había dado su teléfono personal o por qué tanta insistencia.

—Soy Ulises Villamor.

En un primer momento pensó que era una broma, pero su instinto le dijo que era cierto, que era él. No imaginaba qué podía querer de ella. Lo único que alcanzó a pensar es que nadie rechazaba ocho veces la llamada de uno de los hombres más ricos y poderosos del país.

El trato

Las oficinas del Grupo Villamor se alojaban en un edificio de cristal de treinta pisos de altura, el más alto de la ciudad. Iria echó una ojeada a su reloj y vio que faltaban cinco minutos para el mediodía. El empresario la había citado para las doce en punto. No se molestó en preguntarle por el motivo de la reunión, ni le informó de que no estaba en activo. Algo le decía que la llamada no tenía que ver con su trabajo sino con la situación de Ángel. El conglomerado de empresas del Grupo Villamor se hallaba totalmente vinculado al ámbito sanitario y de los cuidados: residencias de mayores, centros de día, compañías de ayuda en el hogar, hospitales y clínicas. Una red de cuidados bajo la marca Asisgal, Asistencia Gallega, que poco a poco se había expandido por España y por el extranjero. La salida a Bolsa unos años atrás supuso el despegue del grupo, y desde hacía una década Ulises Villamor aparecía en el *top ten* de esas listas de millonarios que publicaban los periódicos. A pesar de ello, la familia Villamor tenía un perfil mediático bajo y continuaba manteniendo su residencia en Loeiro.

Este no era su primer contacto con ellos. Había coincidido con Ada Villamor durante dos cursos, a finales de la EGB, en un colegio concertado de Marín. Luego, ella comenzó el instituto, mientras que a Ada la enviaron a un internado en el extranjero. Por aquel entonces el conglomerado empresarial aún no existía,

aunque los padres de Ada eran dueños de una clínica privada, y eso ya evidenciaba grandes diferencias con la familia de Iria, cuyo padre era marinero. No habían sido amigas íntimas, pero recordaba haber acudido a su decimotercer cumpleaños en la mansión de Loeiro. Iria nunca había estado en una casa así, y esa circunstancia convirtió el cumpleaños en un evento inolvidable. Ese día, Ulises Villamor no hizo acto de presencia. De hecho, ninguno de sus progenitores apareció por la fiesta. Merendaron en un jardín, bailaron, pusieron música y finalmente dieron un paseo por Loeiro. Un cumpleaños normal, excepto porque la casa era impresionante y había dos empleadas con uniforme sirviendo la merienda.

Esa relación con Ada era la que le hacía sospechar que la llamada del magnate no estaba relacionada con su trabajo o, al menos, no directamente. Quizá había conocido la situación de Ángel y quería brindarle algún tipo de consejo o ayuda. La idea se le antojaba ridícula, pero debería aguardar esos cinco minutos para confirmarlo.

La recibió una secretaria que la condujo a una sala de espera. Iria observó su propio reflejo en la puerta de cristal. Llevaba más de seis meses vistiendo chándal y pijama. Para la reunión se había puesto unos vaqueros, una blusa blanca y una sobria americana negra. Tampoco había vuelto a la peluquería, y su melena rubia le llegaba ya a la mitad de la espalda; había optado por hacerse una coleta. No tenía pensado maquillarse, pero al verse las ojeras había cedido y se había aplicado un poco de corrector. Era como si llevase años sin mirarse en un espejo. De todas formas, estaba segura de que su aspecto le importaría un pimiento a Ulises Villamor.

La secretaria entró en la salita y le indicó que la siguiera.

El despacho del empresario era grande y, por supuesto, estaba en el último piso y ofrecía grandes vistas de la ciudad y del río

Lérez. Iria aún recordaba el revuelo que se había montado cuando se construyó el rascacielos, pues fueron muchas las voces que se alzaron al considerar que no encajaba con el estilo arquitectónico de la zona. Fue en vano. El edificio se construyó y los pon-tevedreses se habían acostumbrado a su presencia. El imperio Villamor era un motor económico demasiado potente como para perderse en disquisiciones estéticas.

Entró en el despacho y se dirigió al hombre. Le estrechó la mano con decisión, como acostumbraba a hacer en sus reuniones de trabajo.

El empresario andaría más cerca de los ochenta que de los setenta años. Su imagen era la que reproducían los periódicos: alto, delgado, casi enjuto, cabello blanco y gafas metálicas. Parecía un lord inglés con su traje de raya diplomática y su camisa almidonada, sentado tras un imponente escritorio de madera. A su espalda, un cuadro de Maruja Mallo, que Iria observó con admiración.

—Inspectora Santaclara. —Le indicó con un gesto que tomase asiento.

—Señor Villamor, me temo que en estos momentos no estoy en servicio activo. He cogido una excedencia por asuntos personales.

—Para cuidar de su marido —puntualizó él.

—Veo que está bien informado.

—Lo estoy. Siempre lo estoy.

Un silencio se instaló entre ambos.

—Se estará preguntando por qué la he llamado —dijo él finalmente.

—Así es.

—Antes de nada, debo decirle que necesito su total discreción. Lo que aquí se hable debe quedar entre nosotros.

—No se preocupe, pero no entiendo...

—Quiero hacerle una propuesta —la interrumpió el hombre—. Como ya le he dicho, estoy al tanto de la situación de su marido, y de su intención de enviarlo a Alemania para su terapia de neurorrehabilitación.

—Ese dato no lo conoce mucha gente. —La voz de Iria adquirió un tono de desconfianza.

—No sienta que me entrometo. La sanidad y los cuidados son mi vida y la de mi familia. Tengo muchos contactos, como se puede imaginar. Quiero ofrecerle nuestra ayuda. Pongo a su disposición todas nuestras instalaciones en España o en el extranjero, aunque sé que el centro alemán es el que ha elegido. Si en última instancia se decide por él, puedo hacer valer nuestra influencia para que lo admitan allí. No ha elegido usted mal. En efecto, ellos están a la vanguardia en este tipo de terapias.

La mente de Iria iba a mil, intentando adivinar cómo había llegado esa información a los oídos de Ulises. El banco, eso debía de ser. Ella había hablado con el director de su sucursal para barajar todas las posibilidades de financiación. La otra opción eran sus padres, pero estaba segura de que si Ulises Villamor se hubiese puesto en contacto con ellos, se lo habrían advertido. Ahora estaba aún más intrigada. Si el magnate le estaba haciendo una oferta, querría algo a cambio.

—No se lo tome a mal, pero no me gusta que investiguen mi vida privada —alcanzó a decir ella.

—La situación de su marido no es ningún secreto. —Su voz parecía cordial, pero Iria advirtió su mirada fría. No era un hombre acostumbrado a que le llevaran la contraria.

—¿Ya está? ¿El Grupo Villamor me ofrece toda la red de Asisgal o su influencia para ir a Alemania y atender a Ángel a

sabiendas de que no puedo pagarlo? El director del banco le habrá informado también del estado de mis finanzas. Tengo que vender nuestra casa y aun así no me alcanzaría para todo el tratamiento.

—Yo no he hablado de dinero. —Ulises pasó por alto la alusión al director del banco.

—¿Qué quiere?

—Directa al grano. Seré claro y conciso: necesito su ayuda profesional.

—No estoy en servicio activo —replicó Iria—. Ya se lo he dicho.

—Si necesitara a la policía, llamaría al comisario Rial. Necesito a alguien que venga a mi casa e investigue un asunto delicado de manera extraoficial y que, llegado el momento, sea discreto con el resultado de la investigación.

—No soy un detective privado —se resistió ella.

—No, es usted la primera de su promoción de Criminología. También tiene un grado en Derecho. Sacó la mejor nota en la oposición y tras la formación en Ávila pasó seis meses de prácticas en Cartagena. Después de unos años de servicio en Lugo, se casó y pidió el traslado a Pontevedra. Rial no es muy comunicativo, pero según su exjefe, el inspector Araújo, usted sola resolvió el asesinato de la adolescente Carlota Pereira. Sé además que es buena coordinando equipos, que no le gusta la exposición mediática, que es concienzuda en su trabajo. Sus compañeros la respetan. Goza de una reputación profesional excelente, pero de todas sus cualidades, la discreción es la que más valoro.

Iria se acomodó en su silla. No estaba sorprendida. Si Ulises Villamor la había llevado hasta allí, era lógico que la hubiera investigado. La oferta parecía llovida del cielo, pero el sentimiento de suspicacia era inevitable.

—Si del resultado de la investigación se deriva la existencia de un delito, deberé denunciarlo —apuntó, tras una breve reflexión.

—Inspectora Santaclara, ya me ha entendido. La necesito, pero investigará para mí y solo para mí. Mis abogados han redactado un acuerdo de confidencialidad.

—Bueno, me queda claro que quiere que investigue algo relacionado con su familia —se rindió Iria—. ¿De qué se trata? ¿Robo?, ¿chantaje?, ¿relaciones extramatrimoniales?

—Es algo mucho más complejo. En marzo de 2020, mi mujer falleció de un ataque fulminante al corazón. Todos mis hijos y nietos se encontraban en la casa familiar, pues habíamos decidido pasar juntos el confinamiento.

El empresario guardó silencio. Por unos instantes Iria sintió que se humanizaba. Incluso bajó la vista, esquivando la de ella. Persiguió su mirada hasta el cielo de Pontevedra, un espacio limpio de nubes en esa mañana de primavera. Una extensión diáfana e impoluta pero vacía. Percibió su soledad y lo entendió. Ella llevaba meses sintiendo ese mismo vacío doloroso y opresivo.

—Lo siento mucho —acertó a decir.

El hombre se recompuso.

—En ese acuerdo que han redactado mis abogados se establece un plan de ayuda asistencial para Ángel Mosquera. A cambio, usted se trasladará a nuestra mansión de Loeiro e investigará las circunstancias de la muerte de mi esposa. Ese es el trato.

—¿Tiene alguna sospecha de que la muerte no fue natural? —preguntó ella.

Ulises Villamor abrió el cajón derecho de su escritorio y extrajo un sobre. Sacó de él una fotografía y se la tendió a Iria por encima de la mesa.

—A mi mujer la mató alguien que estaba en esa casa y eso nos lleva directamente a mi familia: a uno de mis tres hijos o a sus parejas. No hay más opciones. —Su voz era ahora glacial—. No sé cuánto me queda de vida, pero necesito saber quién lo hizo. Ignoro qué haré cuando sepa la verdad. Pero lo que tengo claro es que no consentiré que esta empresa, y todo lo que Rosa y yo construimos con tanto esfuerzo y trabajo, quede en manos de sus asesinos.

PRHGE